

Concepción resiliente

A 10 años de terremoto del 27 de febrero que asoló la Región del BíoBío, creo necesario realizar algunas reflexiones desde la psicología social. Los desastres naturales son fenómenos cada vez más frecuentes y que generan una interrupción abrupta del funcionamiento habitual de una sociedad. Entre las disciplinas científicas que han estudiado los desastres naturales, la psicología ha estado interesada particularmente en las consecuencias que estos eventos tienen en la salud mental de las personas.

Es sabido que las semanas y meses que siguieron al 27/F tuvieron un impacto dramático en la vida de la gran mayoría de penquistas. A las pérdidas humanas, devastación de grandes zonas y daños severos en la infraestructura privada y pública, junto con las réplicas que siguieron luego del terremoto, se le sumaron los miles de casos de personas de toda edad, sexo y condición que reportaban distintos grados de estrés post-traumático, trastornos del ánimo y del sueño, entre otras manifestaciones. La literatura sobre este tema reporta que luego de eventos catastróficos la aparición de estos síntomas es frecuente. Sin embargo, los investigadores también consideran que una variable que puede atenuar este impacto es la resiliencia.

La resiliencia es un término usado en la Física para designar la capacidad de algunos materiales de recuperar su tamaño y forma original, luego de haber sido deformados como producto de haber estado expuestos a fuerzas intensas. Los psicólogos extrajeron este concepto y lo aplicaron para describir la capacidad de los seres humanos de sobreponerse a los efectos de experiencias traumáticas y adaptarse a las demandas de situaciones adversas tales como los desastres naturales.

Típicamente, cuando hablamos de resiliencia nos referimos a una característica (estable o no), un proceso o resultado que puede estar presen-

te en un individuo. En consecuencia, si este concepto es aplicado a un nivel explicativo distinto como el de un grupo, una región o país, se debe tener mucho cuidado. Haciendo esta salvedad, quiero plantear que tras los hechos ocurridos el 27 de febrero, los y las habitantes de esta región demostraron ser resilientes como comunidad. ¿En qué sustento mi juicio? Durante ese periodo, se conocieron múltiples formas de conducta pro-social tales como el apoyo, la ayuda, el voluntariado, la solidaridad entre los habitantes de esta región. A mi juicio, esto fue posible porque los y las penquistas fueron capaces de generar empatía y confianza, no solo con sus seres cercanos sino también con personas con las que no tenían vínculos antes del 27/F. De allí que muchos nos sorprendiéramos de conocer a nuestros vecinos o hablar de estos temas con gente desconocida en la calle. Pienso que esto solo fue posible porque las personas sintieron que para lograr su propia recuperación era necesario, al mismo tiempo, contribuir a la recuperación de los que lo rodeaban. Ciertamente, esto no significa que todo fue positivo durante este periodo. Nadie puede negar la existencia de los saqueos a diferentes comercios. Siendo seriamente cuestionable estas acciones que ocurrieron en los días siguientes al terremoto, pueden ser explicadas por procesos grupales tales como la individualización, en la que los individuos tienden a guiarse por motivaciones primarias y violentas.

Se dice que los individuos necesitamos experimentar crisis personales para tomar decisiones drásticas sobre nuestras vidas. Siguiendo este símil, un desastre natural como un terremoto es un remezón que afecta a miles de personas y que las exponen a situaciones extraordinarias. Creo que después del 27/F es que nos dimos cuenta de lo frágiles que somos, pero a la vez tomamos conciencia de la gran reserva de bondad y solidaridad que tenemos y que nos permitió y nos permitirá salir adelante cualquiera sea el desafío que nos pongan por delante.



David Sirlopú

*Doctor en Psicología, Facultad de Psicología
Universidad del Desarrollo.*